

Durante esta conversacion, Alberto habia estado reflexionando cómo podría deslizar alguna palabra en favor de Frantz. Los modales de Enrique de Steinberg no eran propios para ello, pero sin embargo el estudiante no podia renunciar á su proyecto. Mientras hablaba Ritter con los jueces, ocupados ya en leer la escritura, Alberto se acercó al baron, cuya calma le parecia de favorable agüero, y le dijo con un tono de familiaridad protectora:

— Y bien, mayor, seguís encolerizado todavía contra esos pobres diablitos? Muy severo habeis estado con vuestra hermana Whillemina y con mi protegido Frantz, cuando mi última visita al Steinberg.

El baron alzó lentamente la cabeza y fijó su ardiente mirada en el estudiante, el cual se sintió turbado hasta el fondo de su alma, y balbuceó cortado:

— Podemos hablar de igual á igual, mayor... he vuelto á tomar mi nombre y mi título hereditario... soy el conde Federico de Hohenzollern...

Este nombre hizo temblar al baron.

— Hohenzollern! repitió con ojos desencajados; he oído ese nombre hace poco tiempo... Hohenzollern, si, sí, eso es: ¿ay dos?

— Si, somos dos, repuso Alberto, somos dos hermanos, sin contar nuestro padre... es decir, S. A. el principe reinante... Ciertas vejaciones de mi hermano mayor me habian obligado á ocultarme bajo un disfraz indigno; pero como he consentido en hacermé canónigo, todo está arreglado ya, y he vuelto á entrar en gracia en mi ilustre familia; Ritter puede contaros la historia. De todos modos, mi querido baron, antes de salir de aquí desearia reconciliarnos con mi amigo Frantz. Vuestra hermana le quiere, y es correspondida; además están casados con todas las formalidades y requisitos necesarios, yo mismo les he servido de padrino bajo un nombre falso, por supuesto, y en este concepto me causa mucha pena que os empeñéis en tenerlos separados uno de otro.

— Ya están juntos! interrumpió el baron con una ironía siniestra; les he reunido... para siempre.

— De veras? dijo Alberto casi incomodado por haber llegado tarde; pues ese diablo de Frantz nada me ha dicho... siempre ha sido misterioso conmigo; el mejor día le voy á retirar mi proteccion...

En este instante Magdalena entró en el aposento lanzando gemidos y gritando:

— Hay aquí un juez cualquiera que oiga una declaracion que tengo que hacer sobre un hecho de la mayor importancia?

— Qué queréis, buena mujer? preguntó Ritter viendo que el juez se volvia á mirarla; estos señores no han venido aquí para escucharos.

— Se trata de cosas muy graves; la señorita Whillemina de Steinberg ha desaparecido de su cuarto, y es imposible descubrir su paradero.

— Creéis que se haya cometido un crimen? preguntó el juez.

— Un crimen! repitió Magdalena alzando los ojos y las manos al cielo; daría mi vida por quitar esta mancha á la antigua y venerable familia de Steinberg... pero puedo engañarme, quizá mi señorita existe aun... Además si ha sido víctima de algun atentado, el culpable no tiene nada que temer de la justicia de los hombres...

Y al decir esto indicaba con el ademán al baron de Steinberg, que permanecía sosegado é inatento como si nada le importara la revelacion de Magdalena. Esta significativa insensibilidad fué notada por todos los asistentes.

— Os comprendo, dijo Ritter bajando la voz; pero esplícaos, qué razones tenéis para pensar... vamos, no podría ser que la señorita de Steinberg, implicada por los malos tratamientos de... cierta persona, se hubiese determinado á salir furtivamente de la torre?

— No puede ser eso, exclamó Magdalena con desesperacion, porque estaba muy bien guardada... no, no, señores, creed en mi profunda conviccion: ó mi señorita ha muerto, ó su vida está en un gran peligro!

— Cosa singular! exclamaron estupefactos los asistentes. Hubo un momento de silencio. El baron en quien estaban fijadas todas las miradas, se ocupaba en frotar el puño de su espada con la manga de su casaca.

— Y quién podría darnos algunas noticias sobre esa desaparicion inexplicable? preguntó Ritter á Magdalena.

— Lo ignoro... á ménos que mi hijo... Responde, hijo mio, añadió dirigiéndose á Fritz que permanecía grave y taciturno junto á la puerta; qué es lo que ha sucedido? porqué me han encerrado esta noche en mi cuarto? de dónde vienen los gritos y gemidos que se han oído?

— No he visto nada, ni nada sé, replicó Fritz con su mal humor acostumbrado. Os encerré, porque no os sucediera mal ninguno... yo he obedecido á mi amo.

— Por el no sabremos una palabra, exclamó Magdalena, que conocia hacia tiempo el caracter testarudo de su hijo. Oh! Dios mio! qué voy á hacer? mi señorita está perdida! Desgraciada familia de Steinberg! el hermano loco... y la hermana muerta quizá!...

— Whillemina muerta! exclamó una nueva voz; misericordia! Frantz debe haber muerto tambien!

En el mismo instante, entró Sigismundo Muller en traje de camino y cubierto de polvo.

## XXIX.

Al ver á Sigismundo, Schwartz y Ritter se levantaron con presteza.

— Estás aquí, compañero! exclamó Alberto, de dónde vienes?

— Tengo que pedir os una satisfaccion, señor bromista! dijo el sumiller en tono enojado.

Muller contestó con un ademán de impaciencia.

— Un instante, señores; compadecéos de la inquietud que me agita... Dónde está Frantz? dónde está mi pobre Frantz?

— Pero que no fué vuelto á la posada? preguntó Alberto con extrañeza.

— Vengo ahora de allí, y Zelter no le ha visto desde ayer tarde... Sin duda habrá puesto en ejecucion el atrevido proyecto de que me hablé... Oh! ingrato! ingrato! cuánto tenía en mi mano un medio mas sencillo y seguro!

— Pero, de dónde vienes tú, y cómo sabes?...

— Ayer, despues de una conversacion secreta que tuve con Frantz, salí para Manheim. Habia concebido el proyecto de operar una reconciliacion entre nuestro pobre camarada y el baron de Steinberg, y ese viaje debia suministrarle los medios para ello. El asunto se terminó satisfactoriamente en Manheim, y he viajado toda la noche para volver al Steinberg... el estado de agitacion en que habia dejado á Frantz me inspiraba serias inquietudes, su amor hacia una persona que habita en este castillo podia arrojarme en alguna empresa peligrosa, á pesar de todas sus promesas... En efecto, hace un instante, al llegar á la posada, me hallé dicho que Frantz habia desaparecido... Solo aquí ha podido

venir; aquí únicamente puede saberse su paradero... y no saldré de este cuarto sin que se me diga claramente...

— Si, sí, dijo Alberto que principiaba á experimentar la influencia de su enérgico camarada, Frantz ha desaparecido y tienen que decirnos donde está. Y volviéndose hacia la comitiva continuó: hay que revolver el cielo y la tierra, para descubrir á Frantz... mi protegido.

— Pero cómo se puede probar que Frantz haya venido aquí? dijo Ritter incomodado con este inesperado impedimento; quién puede penetrar furtivamente en esta fortaleza?

— Sin embargo él ha venido, murmuró Magdalena Reutner apoderándose del brazo de Sigismundo; yo no me atrevia á creerlo, pero ahora no me queda ya duda ninguna... Mirad, continuó presentándole un sello de oro al cual pendia un pedazo de cadena, reconocéis esta alhaja?

— Es el sello de Frantz, ayer mismo lo llevaba al cuello.

— Pues le acabo de encontrar en el cuarto de Whillemina, en medio de los muebles que estaban todos completamente desordenados... Ignoro lo que ha pasado esta noche en la torre, mas he oído gritos desgarradores; quise volar al cuarto de Whillemina, pero me encontré encerrada... Hoy he visto que mi señorita habia desaparecido, descubriendo al mismo tiempo que Frantz ha entrado aquí... No quiero acusar á nadie, sobre todo á aquellos á quienes debo respetar, pero os suplico que no salgais de aquí sin averiguar ántes lo que ha sido de esos dos jóvenes infortunados.

— Lo ois, señores? dijo Sigismundo á los asistentes; la declaracion de la señora Reutner es clara y precisa...

— Si, sí, continuó Magdalena, ambos están aun en el Steinberg encerrados en algun oscuro calabozo de los muchos que hay en este castillo, y cuya situacion ignoro; pero hay aquí una persona que debe conocer todos los secretos del Steinberg.

Magdalena se detuvo; este aserto habia hecho encojerse de hombros á la mayor parte de los que allí estaban; pero el baron habia suspendido su ocupacion de limpiar el pomo de su espada lanzando á su criada una mirada furiosa; hasta el mismo Fritz se habia estremecido.

— Lo he adivinado todo murmuró Magdalena al oído de Sigismundo despues de haber notado esas señales... Procurad que se hagan pesquisas en la torre; salvad á vuestro amigo, salvad á la desgraciada Whillemina!

— Esto es incomprendible, dijo Sigismundo con aire preocupado; sin embargo, señores, la declaracion de Magdalena Reutner debe ser tomada en consideracion... Así, pues, os notifico en nombre de la justicia y de la humanidad...

— Se registrará el castillo de arriba á abajo, añadió secamente Alberto, dirigiéndose á Ritter que habia manifestado durante toda esta escena el mayor descontento.

De repente Sigismundo exclamó herido de una súbita idea.

— Caballero Ritter, dentro de poco tendréis tanto empeño en encontrar á Frantz como nosotros. Ya es tiempo de que cese esta comedia... El estudiante Frantz es el conde Federico de Hohenzollern.

— Qué es lo que está diciendo? repuso Alberto con enfado.

El sumiller se quedó atónito y exclamó con acento enfurecido:

— Sabéis que principio á cansarme de vuestras eternas chanzas? Si continuais así, os haré arrepentir de vuestras insolencias.

— No chanceo, caballero Ritter; anteriormente queria

sustraer al desgraciado conde Federico á vuestras investigaciones, y lo habria logrado sin la fatal pasion que le detuvo aquí. En el día toda consideracion debe cesar ante una necesidad imperiosa; por eso os repito que Frantz y Federico de Hohenzollern no son mas que una misma persona.

Ritter se negaba á creer lo que Muller decia.

— Es imposible! repitió; las señas tan exactas, y la imperiturbable seguridad de este jóven...

— Las señas os habrán inducido en error, y Alberto habra querido sacar de apuros á su amigo. Mirad, añadió Muller, presentando al caballero el sello hallado por Magdalena en el cuarto de Whillemina; reconocéis estas armas?

— Son en efecto las de la casa de Hohenzollern, dijo Ritter con ajitacion. Pude haberme engañado hasta tal punto? Y entónces quién es este? añadió designando á Alberto.

— Un mózo de buen humor capaz de burlarse de los cortesanos.

— Soy el conde Federico de Hohenzollern! exclamó Alberto en tono trágico-cómico.

El desgraciado sumiller se hallaba estupefacto, mirando alternativamente á los dos estudiantes y sin saber que hacerse.

— Qué significa esto? continuó; no debia haber permitido tanta familiaridad á estos estudiantes mal educados. A despecho de los envidiosos, soy el conde Federico, y quisiera saber porqué tratan aquí de usurparme mi nombre?

(Se continuará.)

## ADRIANO VAN DEN VELDE.

Me acuerdo haber leído en un poeta, sin duda muy oscuro, puesto que se llama Bourguel, unos versos tan lindos que se me han quedado siempre en la memoria. Hélos aquí con su título y todo:

## LOS PATINADORES.

Sur ce minec cristal l'hiver conduit leurs pas;  
Le precipice est sous la glace,  
Telle est de nos plaisirs la légère surface;  
Glissez, mortels; n'appeyez pas (1).

Esta diversion del invierno que es bastante rara en los climas templados, y que apenas sirve de pretexto para improvisar cuatro versos á un poeta de sociedad, es uno de los recreos mas comunes de los habitantes del norte, durante los largos inviernos que reinan en esos climas septentrionales, y por consiguiente es uno de los asuntos que mas han tratado los pintores neerlandeses.

Pero entre todos los cuadros de esta especie, ninguno, puede decirse altamente, es tan hermoso y completo como el que presentamos hoy á los ojos del lector.

Ninguno es tan hermoso, pues que todos sus detalles son admirables: el cielo por su color de un azul claro tan bien comprendido, los árboles por sus ramas tan concienzudamente estudiadas y que parecen torcerse de frio, en medio de esa atmósfera helada, el agua por su sólida transparencia, y las figuras por su movimiento, su traje y su actitud, y nin-

(1) El invierno les permite andar sobre ese cristal fríasil — Debajo del cual hay un abismo; — Así es la ligera superficie de nuestros placeres — mortales, desitros por ella, pero sin apoyarnos.

guno tampoco es tan completo porque en esta composición se encuentra todo: cielo, árboles, aguas, tierras, fábricas, personajes y animales. No se sabe lo que podría añadirse aquí, para hacer la composición mas rica y sin salir de la verdad.

Hasta aquí hemos considerado á Van den Velde como pintor de paisaje y de animales, y bien que su compatriota

Houbraken nos haya hecho saber que había pintado cuadros de historia sagrada para iglesias, por nuestra parte no nos atrevemos á asegurar que se le pueda dar, á justo título, el nombre de pintor de historia, sobre todo cuando en sus mas célebres cuadros de este jénero se hallan mezclados siempre y aun predominan el paisaje y los animales. Si se quiere un ejemplo de lo que decimos no hay mas que ver la *Huida de*



VAN DEN VELDE. -- Las diversiones del invierno.

Jacob que ha adornado largo tiempo la preciosa galeria del cardenal Fesch.

Estando el sol en el ocaso en el momento en que los vapores de la tarde se elevan de las montañas y se agrupan en nubes cenicientas que recorren majestuosamente el horizonte azul coloreado con las últimas tintas de la tarde, Jacob seguido de los suyos se aleja de la casa de Laban: sus mujeres, sus hijos, sus numerosos rebaños, la muchedumbre de sus criados y sus camellos, marchan lentamente detrás de él, por un camino que atraviesa por un precioso valle, dominado á la derecha por una montaña cubierta de verdura, á cuya falda lo mismo que á la cima, se ven dos pequeñas habitaciones rodeadas de árboles variados, y protegido por una cadena de verdes colinas, encima de la cual se eleva un lon-

tananza, la cabeza cenicienta y desnuda de un alto monte.

La fugitiva caravana llena todo el camino; algunos rebaños rezagados se ven aun á lo lejos, siguiendo las ondulaciones de la colina, guiados por sus pastores que se apresuran á reunirse á sus compañeros.

Si esto es *pintar historia*, se puede dar el título de pintor de historia á Adriano Van den Velde como lo han hecho varios escritores. Nosotros vemos ahí mas paisajes y naturaleza que otra cosa, y por esto el artista de que nos ocupamos en estas tres noticias sucesivas permanece á nuestros ojos sin mezcla híbrida, como una de las glorias mas elevadas de la pura y verdadera escuela holandesa.

J. J. ARNOUX.

LAS EDADES. — I. LA INFANCIA.



Composicion y dibujo de Tony Johannot.

Ahí está la infancia con todas sus gracias y sus goces. En segundo término dos hermanitos se muestran las flores que acaban de abrirse y las mariposas que han vuelto á aparecer en el azul del cielo, en tanto que en primer término otros dos niños juegan con el perro de la casa, humilde y dócil amigo que soporta con igual paciencia, caricias y caprichos.

En medio se ve una jóven inundada de luz y radiante con todas las glorias de la maternidad; da su mano derecha al mayorcito de sus niños que se oculta por timidez; á la izquierda su hermanito mas jóven se halla absorto completamente por el pastelillo que está comiendo, y el mas tierno de todos lo mira y se sonríe en sus brazos. Mas allá otra ma-

dre con su niño junto á sus rodillas, le da con solícita atención esas primeras lecciones que deben iniciarlo en la vida y abrirle el mundo de la inteligencia. Dulce y hermoso cuadro!

La división de la carrera humana en cuatro períodos ó edades data sin duda de la mas remota antigüedad. Esa marcha del desarrollo de la vida ofrece una semejanza extraordinaria con la de la naturaleza en los climas templados. La primavera adornada de verdura naciente, recuerda las alegres esperanzas de la infancia; los colores vivificantes del estío representan la imágen de la juventud ardiente y llena de promesas; las ricas cosechas del otoño, simbolizan la edad madura en que el hombre, llegado á todo su desarrollo, recoge el fruto de sus esfuerzos, y por último el helado invierno se parece á la misma vejez de la naturaleza aniquilada y caminando hácia su fin.

#### INSTITUCION DEL SENADO.

La institución del senado se remonta á los tiempos mas antiguos, y despues de cuatro mil años de experiencia vuelve á revivir.

En las antiguas repúblicas era una reunion de individuos nombrados, ya por derecho de sangre, ya por eleccion, ya por sus servicios. En la infancia de las naciones, la edad hacia los senadores, pero no tenían la menor organizacion.

Moisés formó un cuerpo de setenta ancianos, y le dió una organizacion definitiva. « Para mantener la ley en su vigor, dice Bossuet, recibió Moisés orden de reunir una asamblea de setenta consejeros, que podia llamarse el Senado del pueblo de Dios, y el sosten perpetuo de la nacion. El uso hizo que durasen toda la vida las funciones de estos consejeros, aunque no existia una ley que así lo prescribiese. »

En los tiempos heróicos la Grecia tenia Senados semejantes á los de la Siria, y en la época de Abraham los reyes griegos no tomaban resolucion alguna sin el concurso de estas asambleas.

Se lee en Homero que Alcino, rey de los fenicios, no pudo prestar un navio á Ulises, sino despues de obtener el consentimiento de los jefes de la nacion.

Argos estaba gobernado por un Senado con otro cuerpo de 80 ciudadanos y de magistrados llamados *aristas*.

En Corinto existia un Senado compuesto de elementos aristocráticos.

Segun Aristóteles, la Elide se gobernaba por Senadores, cuyas funciones eran vitícolas.

La legislación de Esparta moderó la autoridad con un Senado compuesto de 28 individuos. Los dos reyes, unidos á ellos y sin mas que un voto como todos, formaban el *consejo de los treinta*. Este solo tenia el derecho de convocar á los ciudadanos, los que no podian discutir ni cambiar las disposiciones senatoriales; no hacian mas que desecharlas ó admitirlas.

En Atenas instituyó Solon el *consejo alto*, formado de 400 ciudadanos de cada una de las cuatro tribus; los 400 se sacaban á la suerte con habas, lo cual los hizo llamarse *senadores del haba*.

Se sacaban en suerte tantos suplentes como senadores, para reemplazar á los que morian. El Senado deliberaba sobre los impuestos; las leyes y la guerra; presidia la quinta militar y el equipo de las escuadras. Los senadores recibian un drama diario por indemnizac'on.

El Senado mas ilustre de la antigüedad fué el de Roma. Rómulo lo instituyó para que fuese consejero perpetuo de la República. Se compuso al principio de cien senadores llamados *pastores*, y Tulio Hostilio aumentó su número hasta doscientos. Tarquino el viejo creó cien mas, y en tiempo de Sila llegaron á cuatrocientos. Cesar hizo subir este número á nuevecientos.

La edad para ser senador era de 38 á 40 años. En la época brillante de la República, cada senador debía poseer lo ménos 800 sesteracios (unos 560,000 reales). El que sin causa legitima faltaba á las sesiones, pagaba una multa.

Las palabras *senado-consulta* y *decreto*, designaban las resoluciones de aquel ilustre cuerpo.

El Senado disponia del tesoro público, decidia la paz ó la guerra, distribuía á los cónsules y á los pretores, los ejércitos y provincias, recibia á los embajadores y decretaba los triunfos, etc.

Estas eran las atribuciones del Senado cuando Cinesa, ministro de Pirro, creyó que el augusto cuerpo era una asamblea de reyes.

En tiempo de los primeros emperadores, apenas tenia poder el Senado. Bajo el mando de Vespasiano y Tito, apareció con nuevo esplendor para caer en la oscuridad y en el envilecimiento entre las ruinas del imperio romano. En la edad media, las Repúblicas contaban con un Senado.

En Venecia representaba este á la aristocracia. El número de senadores que al principio era de sesenta, llegó despues á cuatrocientos.

Este Senado declaraba la guerra, concluía tratados y nombraba embajadores. Se admitieron en él con el tiempo jueces criminales, *avogadori*, ó abogado de oficio, consejo de los diez, etc.

Lubeck, Brema, Hamburgo y Francfort sobre el Mein, eran ciudades regidas por un Senado electivo.

En el siglo XIV, un consejo tomó en Suecia el título de Senado del reino. Brema estuvo tambien mucho tiempo gobernada por un gran consejo ó senado aristocrático.

En los tiempos modernos se instituyó en Francia un Senado conservador el 4 nivoso del año VIII: se componia de ochenta y ocho miembros inamovibles, que tenían cuando ménos cuarenta años de edad.

El Emperador Napoleon sostuvo el Senado conservador. Entónces se componia este cuerpo de los príncipes franceses que habian cumplido diez y ocho años, de los grandes dignatarios, de ochenta individuos elegidos por el emperador entre las listas remitidas por los colegios electorales de los departamentos, y por último, de ciudadanos llamados á estas funciones por la voluntad del mismo emperador.

Dos pretores, un canceller y un tesorero administraban el Senado. Cada senador recibia 36,000 francos de honorarios.

En Bélgica se divide el poder legislativo entre el Senado y la cámara de representantes.

En Prusia vela un Senado director sobre los ingresos y los gastos públicos y la ejecucion de las leyes: tambien falla en última instancia todas las causas.

Sus decretos tienen fuerza de ley, y solo el emperador puede suspender sus efectos.

El Senado forma en los Estados Unidos parte integrante del Congreso americano.

Nombrados por seis años, los senadores se dividen en tres series que se renuevan cada dos años: para ser senador se necesita haber cumplido treinta años.

El Senado americano, de acuerdo con el Presidente, nombra los embajadores, los ministros, los consejeros, los primeros funcionarios del gobierno y los magistrados del tribunal supremo. Tambien concluye tratados con las potencias.

El imperio del Brasil y algunas repúblicas de la América meridional tienen asimismo Senados.

#### TORNEOS ANTIGUOS.

He aqui las ordenanzas que para esta clase de espectáculos mandó hacer don Alonso XI, único escrito donde se consiguan las reglas que deben observarse y que antes de este tiempo se observaban solo por tradicion.

#### ORDENAMIENTO DEL TORNEO.

Este es el ordenamiento del torneo, que declara sobre qué cosas se ha de tomar juramento á los caballeros del torneo; y qué son las cosas que han de hacer los fieles.

Lo primero es que los fieles han de catar las espadas que non las traigan agudas en el tajo ni en las puntas, sino que sean romas, y tambien que non traigan agudos los arcos de las capelinas, é tomar juramento á todos que non den con ellas de punta en ninguna guisa, ni de revés al rostro, é que si á alguno se le cayese la capelina ó el yelmo que non le den golpes hasta que la ponga; é que si alguno cayere en tierra que non le atropellen. E hanles de decir los fieles que comencien el torneo cuando tañeren las trompetas é los atabales, é cuando oyeren tañer el añafil, que se tiren á fuera é se recojan cada uno á su parte.

Et si el torneo fuere grande de muchos caballeros en que haya pendones de cada parte, é si oviesen de trovar los caballeros los unos de los otros para se derribar de los caballos: que los caballos de los caballeros, que fueron ganados de la una parte é de la otra, é llevados á donde estuviesen los pendones, que non sean dados á los caballeros que los perdiesen hasta que el torneo sea pasado. E desque sea pasado el torneo, hanse de ayuntar todos los fieles y con lo que vieren y preguntando á caballeros, é escuderos, é doncellas, de las que mejor lo pudiesen ver: escojan un caballero de los de la una parte, é otro caballero de la otra: euales lo fueren mejor, é ovieron la mejoría del torneo, é aquellos den el prez é la honra dello: é en señal desto que lieven dos de los fieles sendas joyas de parte de las doncellas y dueñas que ay se hallasen para estos dos caballeros escogidos como dicho es. Essi fuere el torneo de treinta caballeros ayuso, que haya cuatro fieles, dos de la una parte é otros dos fieles de la otra. E si fuere de cincuenta caballeros é dende arriba que sean ocho fieles de la una parte, é otros ocho de la otra: et si fuere el torneo de cien caballeros ó mas, que sean doce fieles de la una parte y otros doce de la otra.

#### ORDENAMIENTO DE LA JUSTA.

Primeramente que fagan cuatro venidas los que justaren et no mas; é si en estas cuatro venidas el un caballero quebrase una hasta en el otro caballero, é el otro non quebrase ninguna en él, que haya la mejoría el que la quebrase; et si quebrase el uno dos hastas, é el otro no mas de una, que haya la mejoría el que quebró las dos; pero si el que quebrase la una, derribase el yelmo al otro caballero del golpe que le dió, que sea igualado con el que quebró dos hastas. E otrosi, si algun caballero quebrase dos hastas en algun

caballero i este en quien fueron quebradas las hastas derriba el caballero que las quebró en él; aunque no quiebre el hasta, que sea igualado con el que quebró las dos hastas, é aunque le den mas loor. Et si un caballero derribase á otro, et á su caballo, et el otro derribase á ese sin su caballo, que haya la mejoría el caballero que cayó el caballo con él, porque parece que fué la culpa del caballo, et non del caballero é el que cayó sin caer el caballo con él; fué la culpa del caballero, et non del caballo. Otrosi ninguna de las varas ó hastas quebradas no sean juzgadas por quebradas quebrándolas atravesadas; salvo quebrantándolas de encuentro de golpe. E si en estas cuatro venidas, no se pueden dar golpe, que juzguen que non hobieron buen aceseimiento. E si se cayese la lanza á alguno yendo por la carrera ante de los golpes, que el otro caballero alee la vara, et non le encuentren con ella, ca non haria caballería ferir al que non lleva lanza.

E para juzgar todo esto que haya dos fieles: é estos dos preguntando á caballeros é escuderos, et á dueñas et á doncellas que alli estuvieron para mejor juzgar conque ellos vieren: et con lo que estos dijeren así juzgaran estas cosas como aqui está dicho. E despues que las justas fuesen acabadas, que los fieles que alli estuvieren, pregunten á los caballeros escuderos, é dueñas, é doncellas que se hallaren presentes; los que mejor lo pudieren ver, quien fueron los de mejor lo fieron, et con acuerdo dellos el caballero de los de las tablas que fuere hallado llevar la mejoría de la justa, que le sea dada una joya en galardón de los caballeros de la ventura, porque el que fuere hallado entre ellos haber llevado la mejoría, que los caballeros de la tabla le den otra joya en galardón como hicieron los de la aventura al que llevó la honra de la tabla.

#### LANTARA.

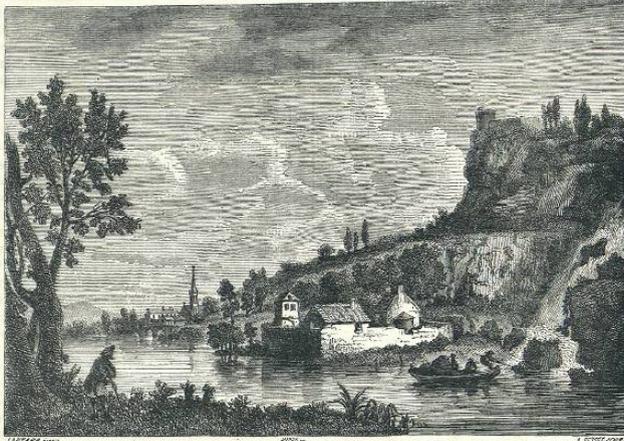
Simon Mathurin Lantara nació en 1745, en Fontainebleau, y murió el 22 de diciembre de 1778 en el hospital de la Caridad de Paris. La miseria mas completa le mató así á la edad de treinta y tres años, y á esto debe achacarse su fin prematuro y no al efecto de la embriaguez, como se ha dicho varias veces. Y sin embargo, todo el mundo se halla en la última creencia, y aun hay muchos de los que hacen ó pretenden hacer la historia de la pintura que se han atrevido á asegurarlo positivamente.

Pero veamos á donde van á sacar sus noticias sobre este punto, porque la cuestion merece ser profundizada, aunque no sea mas que para ver como se forman las preocupaciones mas injustas.

En 1809, veintisiete años despues de la muerte de Lantara, el teatro del Vaudeville dió una pieza en un acto intitulada: *Lantara ó el pintor en la taberna*. Los autores, que eran cuatro, Barré, Picard, Radet y Desfontaines que probablemente estaban descontentos con algun judío mercader de cuadros y trataron de burlarse de él con una alegre sátira, buscaron y hallaron en Lantara una de las infelices victimas de aquellos. En efecto, Lantara, explotado perpetuamente por ellos y muerto en el hospital, era de derecho el héroe de la pieza. Nuestros cuatro autores se reunieron pues en una taberna, y en medio de copiosas libaciones, escribieron su pieza en un acto, prestando prodigamente sus cualidades á un pobre diablo, é en el sepulcro ya, y que era imposible que protestara.

He aquí en dos palabras la sustancia de este sainete que en el día forma autoridad. Lantara entra en una taberna

sin un cuarto, pero como el hambre le aprieta pide de almorzar. Llega entretanto un modelo barbudo como un Dios del Olimpo; el pintor le hace sentar á su lado, le da de beber vinos esquisitos, y para pagar su escote, dibuja al lapiz la cabeza de su convidado, convertido en Sileno. Hecho esto, envía su dibujo á un judío cuyo hijo ama á la hija de Lantara; el judío regatea y pone mil obstáculos, pero por fin, el dibujo se ha vendido en pública subasta, y para concluir con lo de siempre, el hijo del judío se casa con la hija de Lantara.



LANTARA. — Vista del Peecq, en S. Germain en Lays.

ecce que sabía por ellos que el paisajista francés tenía una salud muy delicada; que su constante miseria y sus privaciones cotidianas no eran á propósito para robustecerle, y que lejos de pensar en el vino, tenía siempre en su humilde cuartito de la calle del Chantre un jarro de leche, y por último, que pasaba una gran parte de su tiempo no en la taberna sino en su casa cuidando sus canarios.

Lantara ha dejado muy pocos lienzos; el mérito principa de sus paisajes, es lo bien entendido de sus perspectivas, lo cual se distingue claramente en la bonita composición que acompaña á este artículo y que el pintor ha copiado de una de las *Vistas* mas célebres de las cercanías de Paris.

J. J. ARNOUX.

### EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR  
ELIAS BERTHET.

(Véanse las páginas, 5, 14, 21, 28, 31, 43, 50, 62, 68, 82, 90, 101, 108, 116 y 124.)

— Porqué? repitió Sigismundo, adivinando la causa de esta obstinación; porque hay que estar alerta sin cesar, pues nadie sabe...

— Adiós mi canongía y todo lo demas! exclamó Alberto

Esto puede formar un gracioso sainete, pero es muy triste y poco concluyente considerado como documento histórico. Un hombre formal M. Alejandro Lenoir, que conoció mucho á Lantara, ha escrito tambien que era un comilon, pero de esto á ser borracho parecemos que la diferencia es grande. Ademas nos revelamos doblemente contra esa acusacion de borrachera dirigida á nuestro pobre artista (el infortunio es sagrado) porque conocemos á un sujeto respetable, un antiguo librero M. Fayot que ha vivido en mucha intimidad con amigos íntimos de Lantara, el cual nos ha dicho repetidas

con mal humor. Qué pruebas tan estrañas: unas veces soy principe... otras me quedo como antes... Pues me hubiera gustado permanecer canónico.

— Miserable aventurero, dijo Ritter en el colmo de la furia, cómo os atrevéis á burlaros de un sumiller de Su Alteza? Insolente! os voy á poner preso...

— Dejemos á un lado todo eso, y ocupémosnos solo en encontrar al verdadero Federico de Hohenzollern.

— Si, si, exclamó Ritter dirigiéndose á los que allí estaban, manos á la obra, señores, registremos el castillo por todas partes, y echemos abajo si es preciso hasta la última piedra de esta morada.

— O me engañan sin presentimientos, repuso Magdalena, ó descubriréis sin falla ese terrible subterráneo donde esos desgraciados están quizá espirando en este instante.

Al llegar aquí un nuevo personaje se presentó en la sala; era Augusta, la hija del padero, que venia preguntando por Sigismundo.

— Os estoy buscando desde esta mañana, le dijo, para cumplir con un encargo; he sabido que estabais aquí, y os traigo esta carta de vuestro amigo Frantz.

— En efecto es su letra! exclamó Sigismundo... Deteneos, señores, vuestras investigacion serian inútiles; acaso el conde Federico no está aquí.

Y al decir esto abrió el billete y le recorrió con avidez; todos los asistentes esperaban en silencio.

— Está salvado! exclamó con acento de gozo; él y su joven esposa Whilemina deben hallarse en seguridad á algunas leguas de aquí, y me encarga que vaya á reunirme con ellos despues de la recepcion de la carta... Alabado sea Dios! no tenemos ningun crimen que deplorar!

— Pero de qué fecha es esa carta, y dónde ha sido escrita? murmuró Magdalena.

— Ha sido escrita en la posada de Zelter ayer tarde... Frantz, ó mas bien el conde Federico, me dice en ella que tiene un medio seguro para penetrar en el Steinberg y que se va á aprovechar de él para salvar á su mujer de los furros del mayor. En el caso de no presentarse hoy por la mañana en la posada, debo suponer que le ha salido bien su proyecto, por lo cual voy á buscarle al sitio que me indica.

Magdalena se empeñaba en que lo mejor que había que hacer era registrar el castillo á pesar de la opinion de todos los demas incluso Sigismundo.

Una pequeña discusion se había entablado entre Muller y el sumiller.

— Iré adonde os espera el conde Federico, exclamó Ritter con calor; os seguiré por todas partes hasta encontrar al conde y...

— Sabré morir ántes que vender el secreto de la amistad, respondió Sigismundo; dejádmelo que vaya á socorrer solo á esos infelices, y no me sigais porque no descubriréis mi secreto, y en cuanto á esta carta tampoco sabréis su contenido.

Y al decir esto rasgó el papel y se tragó los pedazos. Ritter conoció que lo mejor que había que hacer era valerse de la astucia, y se propuso mandar á uno para que siguiera secretamente á Sigismundo á fin de descubrir el asilo elegido por los fugitivos. Así despues de haberle anunciado que podía partir se volvió hacia el juez para decirle que continuara estudiando la escritura.

— Un instante, señores, dijo Muller, me queda aun que ejecutar el proyecto que me ha hecho emprender el viaje á Mannheim... Caballero Ritter, no habeis dicho que cederiais vuestros derechos sobre el castillo y la baronia de Steinberg por la cantidad de veinte mil florines?

Ritter hizo una señal afirmativa.

— Pues en ese caso, ya pueden quemarse esos papeles devolviéndolos títulos de propiedad al señor baron de Steinberg aquí presente. Dentro de algunos instantes os entregaré los veinte mil florines que tengo en la posada, caballero Ritter.

Un profundo silencio siguió á este incidente. Ritter, despues de haber tubido un momento, hizo un legajo con los papeles que debían entregarse á Sigismundo cuando se hubiese pagado la suma convenida. Todas las miradas se hallaban clavadas en el baron, que esta vez parecia dar algunas señales de inteligencia. Sigismundo se adelantó hacia él lentamente y le dijo con un acento melancólico:

— Me habeis comprendido, mayor de Steinberg? Ya están reparadas en parte vuestras últimas desgracias. Este antiguo castillo, estos títulos que habeis heredado de vuestros antepasados no pasarán á manos estrañas; seguiréis siendo dueño del Steinberg... Señor mayor, el que os devuelve vuestro nombre, título y fortuna, es vuestro hermano, el esposo de vuestra dulce Whilemina.

A los acentos de aquella voz vibrante, el baron había manifestado una gran emoción; se había levantado, y fijaba los ojos con avidez sobre el joven, llenándose de lágrimas. Un

instante se pudo creer que le había vuelto la razon, cuando dijo con una voz entrecortada:

— Con que es verdad!... Seré dueño de la pobre roca en que he nacido! Seré aun el baron de Steinberg! No me verá cubierto de deshonra y de vergüenza! Dios es bueno, Dios es clemente... Gracias os doy, Dios mio!

Al decir esto se quedó un instante inmóvil y meditabundo. Los asistentes se miraban en silencio con aire satisfecho. De repente Enrique alzó la cabeza; sus ojos despedían fuego.

— Quién dice semejante cosa? exclamó enfurecido, quién se atreve á sostener semejante mentira? Ah, Satanás, conozco tus astucias... Quieres arrancarme mis victimas, quieres que aborte mi venganza! No, no, espíritu del mal, no me vencerás así... Morirán, sí, morirán, lo juro.

Y se dejó caer aniquilado en su sillón.

— No tiene remedio, dijo Sigismundo lanzando un suspiro; ahora, señores, retirémosnos... Solo el baron de Steinberg y sus criados tienen el derecho de permanecer aquí en adelante.

Todos se dirigieron en tumulto á la escalera.

— Oídme, exclamó Magdalena con desesperacion dirigiéndose al estudiante, no les abandonéis así... Habeis oído las palabras del baron; lo ha confesado, quedaos aquí.

— La pobre vieja está tan loca como su amo, dijo Sigismundo con una sonrisa lastimosa.

Y salieron todos el Steinberg.

Magdalena al ver que se alejaban sin querer oírle, se retiró desesperada al modesto aposento que ocupaba al lado del cuarto de su hijo.

— Me dejan sola! murmuró; y sin embargo estoy segura de que Sigismundo Muller echaria abajo la torre con sus uñas si tuviese las sospechas que me atormentan... Un destino fatal ha querido que venga esa carta para desvanecer su primer proyecto! Quiere á su amigo como yo quiero á Whilemina y si pudiese pensar... Ah! el baron ha cumplido su terrible venganza... están aquí, encerrados, enterrados vivos, sufriendo ya todas las angustias del hambre... Oh! si pudiese oír sus gritos y gemidos! Pero la roca del Steinberg es demasiado gruesa para que puedan atravesarla los lamentos de un moribundo.

— Pues bien trabajaré yo sola; no abandonaré á esos desgraciados jóvenes que todo el mundo abandona; Dios me protegerá y descubriré la entrada de ese terrible Camino de la Huida.

Entonces se dirigió al aposento en que había tenido lugar la horrible escena de la noche precedente, porque una especie de instinto la decía que la entrada del passage secreto debía encontrarse por aquel lado.

Por eso examinó con la mayor atención sus cuatro paredes, alzando los tapices y golpeando por diferentes sitios; por fin tocó en la pesada placa de la chimenea, que despídido un sonido sordo y metálico, pero este ruido no despertó las sospechas de la buena anciana.

Por último, al cabo de dos horas de investigaciones, Magdalena se convenció de que el Camino de la Huida no daba á aquella pieza.

La anciana estaba rendida de cansancio, pero sin embargo, no se detuvo en esto: reconoció todo el castillo, la escalera de la torre y la galería arruinada, escudriñando con el mayor cuidado todos aquellos sitios en que suponía que podían existir fuertes paredes.

Pero todos sus esfuerzos fueron vanos, y Magdalena estuvo á punto de abandonarse á la desesperacion.

Una idea la vino de repente; el Camino de la Huida según la tradición tenía dos salidas, una por el interior del castillo, y la otra por el campo; si la primera no se descubría, podía hallarse la segunda.

Magdalena atravesó, pues, el jardín, y bajando hasta la falda de la roca, recorrió lentamente los alrededores, pero sin descubrir en su largo paseo ninguna señal de subterráneo ó de gruta; en vano se metió entre los matorrales, y buscó por entre las zarzas; nada pudo distinguir que justificase las esperanzas que abrigaba.

Entonces se volvió bruscamente por el sendero del castillo, deteniéndose á cada paso. Pero parecía absorta en sus grandes dolores, pues gruesas lágrimas corrían por sus arrugadas mejillas y de cuando en cuando repetía: Pobres criaturas!

En el momento en que cruzaba por la huerta, oyó una voz sonora cantando con alegría.

Este cántico estrepitoso oprimió mas el corazón de la buena anciana, pero su dolor hubo de cambiarse en cólera, cuando conoció que el cantor era su propio hijo, que estaba tranquilamente arrancando la yerba de uno de sus plantales de hortalizas.

Magdalena se dirigió hacia él con paso rápido.

— Fritz, le dijo en tono de reconvención, cómo te atreves á insultar nuestra desgracia con esa cruel alegría?... Ignoras que hoy es un día fatal para los señores del Steinberg?

Fritz interrumpió su trabajo.

— Ah! sí vos vós, madre mía! dijo con su flemá ordinaria; qué queréis? mi conciencia está tranquila; me dan una orden, y obedezco... Si el Steinberg parece no se podrá decir que Fritz Reutner haya desobedecido ó faltado á su deber...

— Con que es verdad? — dijo Magdalena con un acento desgarrador; con que lo sabes todo? has sido cómplice de ese crimen?...

— No me preguntéis nada... interrumpió el jardinero en tono áspero; he obedecido á mi señor, eso es todo.

— Fritz, querido Fritz, repuso Magdalena en tono suplicante, si el señor baron tiene sobre ti una autoridad tan absoluta, tu madre tiene tambien algunos derechos á tu amistad y sumisión. Dime lo que ha pasado la noche última en el cuarto de Whiteimina; indicame en donde está la entrada de ese fatal Camino de la Huida donde los pobres jóvenes están sin duda ahora luchando con las angustias de la muerte... y te bendeciré toda mi vida.

Fritz no había parecido insensible á estas tiernas instancias. Una ligera emoción se había mostrado al principio en su enérgica fisonomía, pero poco á poco se había ido cambiando en una profunda estrañeza.

— Seré culpable en efecto? murmuró como hablando consigo mismo; sin embargo, el escudero que ayudó al baron Manuel á cumplir su venganza contra Berta y el señor de Stoffensels no ha sido criticado nunca por haber obedecido á su amo, y aun vos misma, madre mía, me habeis clojado muchas veces la fidelidad de ese escudero; cómo pues me preguntéis hoy otra cosa distinta?

Magdalena bajo la cabeza; Dios la castigaba por haber estraviado la cabeza de su hijo con tantos cuentos estraños, y con tanto relato fabulosos.

— Vamos, dijo con un profundo desaliento; veo que nada obtendré de él... Se ha vuelto incapaz de discernir lo que es la verdad y la mentira. Donde está el baron? le preguntó.

— En el cuarto abovedado; creo que está solo y llorando.

— Llorando? Oh! Sin duda ninguna, su corazón se ha enternecido, su razon va á renacer quizá... Hoy, en el momento en que le fué devuelto el Steinberg, principió á comprender lo que pasaba; quiero verle, para suplicarle de rodillas...

La buena mujer iba á entrar en la torre, cuando vio á su hijo que dejaba lo que estaba haciendo adelantándose hacia una especie de cuadra donde se hallaba el caballo del mayor.

— A dónde vas Fritz? le preguntó.

— La noche se acerca, y el señor baron me ha mandado que vaya á Heidelberg á buscar unas cartas; no volveré hasta mañana por la tarde...

— Anda con Dios, hijo mío; y dicho esto se puso á subir la escalera de la torre mientras Fritz continuaba sus preparativos de marcha.

Magdalena no halló al baron en el aposento abovedado. Sin embargo, la puerta estaba abierta; el desgraciado insensato no podía estar lejos; ella adivinó que se hallaría en la plataforma, donde se apresuró á subir, pero al llegar á los últimos escalones, se tuvo que sentar porque la faltaban las fuerzas.

El baron de Steinberg se hallaba en efecto sobre la plataforma, y de codos en el pretil, miraba fijamente un objeto que había mas abajo en la misma torre: completamente inmóvil, se hallaba absorto en su contemplación.

Después de algunos minutos de reposo, Magdalena pudo levantarse; dió algunos pasos trémulos por la azotea, pero se detuvo, y echando en derredor una rápida ojeada pudo descubrir la escena que tenía tan embobado al baron de Steinberg.

El sol estaba en el ocaso, y todo anunciaba una gran tempestad. El cielo estaba cubierto; una porción de mal formadas nubes negras por el centro, y rojizas por el borde, no dejaban atravesar mas que una luz pálida é incierta. Los pájaros de las ruinas habían enmudecido en sus oscuras grietas.

El inmenso paisaje que se descubría desde aquella altura presentaba el mismo aspecto, sombrío y sosegado á la vez.

Pero ese grande espectáculo de la naturaleza no cautivaba de manera alguna la atención del mayor; su mirada se hallaba fija en la torrecilla donde tenían su nido las cigüeñas.

Magdalena se adelantó pausadamente, y por el hueco de una almena pudo ver lo que ocupaba tan profundamente al baron en aquel momento.

Las cigüeñas estaban todas reunidas en el nido comun, habiéndose aumentado la familia con dos pequeñuelos, cuya hermosa madre, daba vueltas en torno de ellos con aire de inquietud y de espanto.

Al pronto se habría creído que la presencia del mayor era la causa de aquel desasosiego entre las pobres aves, pero después de un minuto de atención era evidente que la agitación de la madre y de los pequeñuelos tenía otro motivo distinto.

La familia alada parecía ocupada únicamente en otra cigüeña que se hallaba sobre el borde de la torrecilla con las alas caídas y las plumas manchadas de sangre, y en cuyos ojos apagados así como en la flojedad de sus miembros se podía notar que se hallaba próxima á la muerte.

Sin embargo se sostenía aun sobre sus patas procurando guardar el equilibrio apoyada contra la torrecilla. Magda-

lena reconoció al punto al jefe de la familia, al favorito del baron Hermann, al hinkende que había sido herido por el mayor en un acceso de su ciega cólera.

Sin duda algun perdigon que Frantz no había visto, había penetrado en los órganos vitales; y el pobre animal sintiéndose herido mortalmente había gastado las pocas fuerzas que le quedaban para ir á morir en su nido.

Sea como quiera, la hembra y sus hijuelos con ese maravilloso instinto que atribuyen los naturalistas á esta interesante especie, continuaban lanzando tímidos gemidos, muy diferentes de los vivos y agudos gritos con que acostumbran á pedir su comida.

La madre por su parte iba y venía sin cesar en torno del hinkende como animándole á remontar el vuelo; muchas veces trató de llevarle en sus alas como hacia con sus pequeñuelos; pero el herido permanecía insensible á todo esto pareciendo decir con su actitud abatida: Dejarme morir en paz!

Esta singular escena que pasaba entre la tierra y el cielo, en un silencio solemne, cuando amenazaba una gran tempestad, había conmovido profundamente á Enrique de Steinberg, que seguía con ansiedad cada peripécia de este pequeño drama; cada incidente tenía para él una significación positiva.

Sin embargo, se conocía que las ideas supersticiosas, resultado de su locura, le atormentaban por momentos, pues dijo una vez en alta voz mirando al hinkende:

— No, no, eso no puede ser un efecto del instinto animal... Son los demonios que han tomado la forma de esas aves protectoras de mi familia!

— No son los demonios, señor baron, dijo una voz vibrante detrás de él; son unos pobres seres á quienes la Providencia ha dotado de cualidades suficientes para enseñar á los hombres crueles la piedad y la mansedumbre.

Enrique se volvió, y no aparentó sorpresa ninguna al ver á Magdalena. Después de haberla hecho con la mano un ademán para que guardara silencio, se puso otra vez de codos sobre el pretil con los ojos fijos en la torrecilla.

Magdalena le imitó sin hacer ruido; la calma del mayor la parecía de buen agüero; quizá se estaba preparando en la turbada inteligencia de su amo, una crisis benéfica.

De repente el hinkende pareció salir de su misterioso letargo. Acordándose acaso que en dos distintas ocasiones el hombre había aliviado sus padecimientos, ó quizá obedeciendo simplemente al instinto de los individuos de su especie, la cigüeña alzó su cabeza hacia el baron de Steinberg, y luego enderezando con lentitud su onduloso cuello, agitó debilmente sus abatidas alas.

Todos estos movimientos tenían una gracia y una languidez que inspiraban el mas tierno afecto: era una queja melancólica y una caricia, una señal de cariño y de despedida.

— Señor baron, murmuró Magdalena con solemnidad, solo los hombres tienen sentimientos de odio y de venganza... los animales no conocen tan feroces pasiones... la pobre cigüeña no sabe odiar á su asesino!

Mientras hablaba, el baron seguía observando atentamente al hinkende. Los movimientos de sus alas se iban debilitando cada vez mas; las ondulaciones de su cuello cesaban poco á poco, y sus encarnados pies temblaban bajo el peso de su cuerpo. Por fin empleó la poca fuerza que le quedaba en esconder su pico de coral debajo de una ala, como si fuera á dormirse, y por último se estremeció bruscamente y se quedó inmóvil.

En el mismo instante un relámpago deslumbrador iluminó el horizonte; la cigüeña hembra alzó su vuelo dando dos ó tres vueltas en torno de la torrecilla; los pequeñuelos lanzaron lastimosos gritos en el fondo de su nido.

El baron y Magdalena se hallaban sobrecojidos de una especie de terror religioso.

— Ya murió! dijo al fin Enrique con acento sordo.

— Sí, ya murió! repitió Magdalena, y su muerte es para vos señor de Steinberg, un ejemplo de clemencia, y de perdón! Señor baron, mi noble amo, seréis menos generoso que el hinkende? Perdonad tambien, perdonad á vuestra pobre Whiteimina á quien habeis condenado al destino mas horrible con su desgraciado esposo.

El mayor alzó su cabeza lentamente y mirando á Magdalena, la dijo:

— Qué queréis de mí? qué habeis de Magdalena? No os comprendo... En donde estoy?

Esta vez su voz había dejado de ser áspera, y su mirada tambien se había calmado.

(Se continuará.)

#### LOS DOS PERROS.

Por una parte se está viendo la opulenta vida del perro del amo, y por la otra la humilde existencia del perro del criado.

El primero está solo en el gabinete de milor; todo lo que le rodea es elegante: aquí antiguas armas, recuerdos de algun ilustre antepasado, mas allá un precioso libro, manuscritos, prueba de estudios serios, y un collar delicadamente labrado que se destaca sobre el lustroso pelo del perro noble.

Echemos una ojeada á su oscuro compañero: recostado en el tajo de la cocina entre un par de gruesas botas, un sombrero grasiento y una botella vacía, parece reasumir en su aspecto repugnante todas las groserías y los desprecios. Patizambo, con un cuerpo rollizo y una cabeza en la cual van juntas la espresion de la bajeza y de la malicia, parece hacer un gesto al espectador con la punta de su lengua, y con los párpados cerrados de su ojo tuerto.

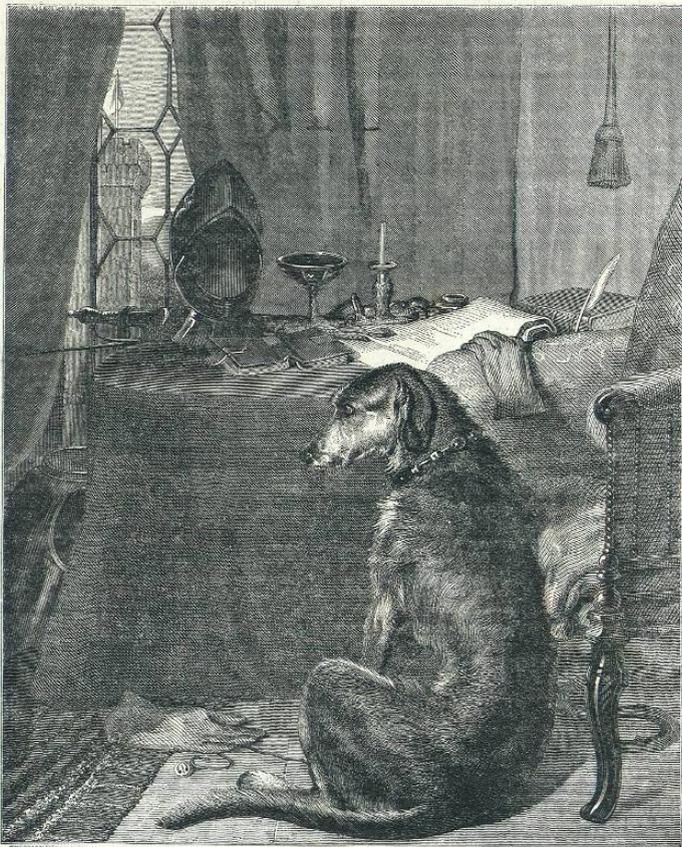
Y estas diferencias que se notan al primer aspecto entre ambos perros son mas notables todavía cuando se estudian sus costumbres. En tanto que el primero es cariñoso y fiel, obedece á la menor señal y respeta todo aquello que le está prohibido, el segundo, traucando y astuto, espía sin cesar su presa, no obedece sino á golpes y enseña los dientes aun á los niños. ¿De qué provienen unas costumbres tan distintas? La educación tiene la culpa de esto; en cada uno de ellos las cualidades y los defectos son el resultado de lo que han aprendido; cada perro es la copia de su amo.

Cuando se analizan los resultados en el mundo, se omite generalmente, el señalar las causas: hombre ó perro, nos juzgan tales como somos, sin indagar de donde venimos. Y sin embargo, cuántos defectos hay que nacen de circunstancias importantes de conocer, puesto que podrían cambiarse facilmente. Todos los seres de una misma especie nacen con instintos comunes que la casualidad modifica cuando se deja la educación al acaso; pero la prevision humana puede dirigir estas modificaciones, y aun se halla en el deber de hacerlo.

Para esto hay que examinar ántes, porque lo que falta

generalmente no es la buena voluntad, sino las luces. Todo el mundo desea evitar el mal camino tanto para sí como para los otros, pero no se descubre este camino por falta de atención, y solo se reconoce el error al llegar á su término.

Estas reflexiones no pueden disminuir la admiración hacia los virtuosos, aunque inspiran la indulgencia por los culpables; una máxima latina ha dicho esto mismo ántes que nosotros: *la rigurosa injusticia, es una injusticia rigurosa.*



El perro del amo, por Landseer.—Dibujo de Freeman.

Para exigir que todos lleguen al mismo resultado, sería necesario que ántes tuviesen las mismas piernas y el mismo punto de partida. Tratemos pues de no irritarnos mucho

contra el perro tuerto. Si ladra á los transeúntes, acordémonos de que todas las lecciones que ha recibido se reducen á unas cuantas patadas.

### LOS DOS PERROS.

(Véase la pág. 135.)



El perro del criado, por Landseer.—Dibujo de Freeman.

### EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR  
ELIAS BERTHET.

Véanse las páginas 8, 14, 21, 26, 31, 45, 56, 62, 66, 82, 90, 101, 108, 116, 124 y 132.)

Enrique de Steinberg había recobrado la razón, ó al menos se hallaba en uno de esos momentos lucidos que á veces tienen los insensatos. Pero esta dichosa circunstancia tenía para Magdalena una terrible compensación.

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU

—Oh Dios mío! No se acuerdal dijo la mujer desesperada. Entonces contó rápidamente lo que sabía ó lo que suponía, á fin de ayudar la memoria de su amo. Enrique no manifestaba mas que mucha estrañeza y duda:  
—Estais soñando Magdalena, repuso aparentando sonreirse, nunca he sabido donde está el Camino de la Huida; mi abuelo Hermann se llevó este secreto á la tumba... Pero cómo he venido aqui? continuó; la cabeza me pesa... me parece que me despierto de una pesadilla... Dónde está mi hermana?

— Vuestra hermana! exclamó Magdalena sollozando; y no os lo he dicho? la habeis encerrado en un calabozo secreto para matarla.

Enrique la miró con ojos espantados; luego pegándose en la frente, exclamó con voz desgarradora:

— Con que es verdad?... he estado loco?... con que he perdido el juicio? O Dios mio! Dios mio! habeis reservado esta desgracia al último descendiente de los Steinberg?

Y al decir esto cayó de rodillas ocultándose el rostro con las manos.

— Pero dónde está el Camino de la Huida? repetía Magdalena; señor baron, dónde está el subterráneo en que habeis encerrado esta noche pasada á vuestra hermana Whillemina?

Magdalena conocía que el desgraciado Enrique no se hallaba en estado de aclarar este punto, y ya se iba á abandonar enteramente á la desesperacion cuando de pronto la ocurrió una idea...

— Mi hijo lo sabe todo! exclamó; no ha querido decirme la verdad, pero la dirá si vos se lo mandais.

— Pues hazle venir aquí; mándale de mi parte...

Al instante Magdalena Reutner con una voz que la inquietud habia hecho penetrante, llamó á su hijo, pero no recibió ninguna respuesta. Bajó rápidamente la escalera dándole voces, pero Fritz no parecia. Recorrió sucesivamente todos los cuartos, bajó al jardín, y salió al sendero que conducía á la aldea mirando por todos lados, pero ninguna voz respondía á la suya. Entonces se acordó de una circunstancia que las angustias de aquel día habian ahuyentado de su memoria; Fritz debía estar en camino para Heidelberg.

Un sudor helado corría por la frente de Magdalena.

— Se ha marchado! dijo alzando los ojos al cielo, y no debe volver hasta mañana... cuando ya será tarde...

Y al decir esto corrió á la puerta exterior del castillo, pero sin duda Frantz se habia marchado hacia tiempo; el camino estaba desierto. Sin embargo, en el momento en que iba á entrar, distinguió en el sendero que serpenteaba por debajo de ella, un grupo de hombres que llevaban al galope sus caballos, á pesar del peligro que habia en correr así por un terreno áspero y pedregoso. Magdalena reconoció entre los ginetes á Sigismundo y á Ritter, que metían las espuelas á sus caballos cubiertos ya de espuma.

— Que quieren aquí? exclamó con la ironía del dolor; ya no encontrarán en el Steinberg sino la muerte y la locura.

## XXX.

Ahora debemos introducir al lector en ese horrible Camino de la Huida donde Whillemina y Frantz se hallaban espuestos á todos los horrores del hambre.

Whillemina estaba inanimada y yerta sobre los desventilados sillones que amueblaban aun la antigua tesorería del Steinberg.

Frantz por el contrario, habiendo conservado su razon, conocia perfectamente el horror del porvenir que le esperaba.

Habíanle arrojado brutalmente sobre el húmedo suelo del calabozo; pero sus manos y pies estaban bien atados y toda tentativa para huir ó para volver á luchar con el baron habria sido infructuosa.

Sin embargo en tanto que el mayor y Fritz pudieron oírle, les suplicó descargasen su odio contra él solo, dejando en libertad á Whillemina.

Pero bien luego la luz desapareció; la maciza puerta de calabozo volvió á cerrarse, y los pesados cerrojos quedaron corridos. Un momento despues el ruido de los pasos se fué debilitando, y un silencio sepulcral reinó bien luego por todas partes.

Entonces Frantz trató de soltar sus ataduras; pero su reciente enfermedad y las inauditas fatigas que habia sobrellevado despues de algunas horas, habian agotado sus fuerzas. En vano trató de desatarse las manos gastando el cordel con que estaban atadas contra una piedra; bien luego tuvo que renunciar á su intento. Además, de qué le habria servido el recobrar el uso de sus fuerzas? Sabia que la puerta de su cárcel estaba sólida todavía; el tratar de derribarla habria sido locura. En cuanto á socorrer á Whillemina, no era mejor dejarla en aquel desmayo, imagen de la muerte? Al menos no podia pensar ni sufrir.

Abatido por estas desolantes reflexiones tanto como por la flaqueza física, Frantz permaneció inmóvil un instante, pero el silencio y la oscuridad que reinaban en torno suyo le espantaron.

Una especie de vértigo se apoderaba de él, é iba perdiendo poco á poco la conciencia de sus facultades. Para salir de este triste estado, llamó suavemente á Whillemina; el sonido de su voz, apagado por la bóveda, le pareció que no tenia ya nada de humano. Whillemina no respondió, y el desgraciado Frantz volvió á caer en su sombrío abatimiento.

Sin embargo, un ligero suspiro se oyó á la otra estremidad del calabozo, y una imperceptible agitacion del aire dió á conocer al jóven que su compañera iba volviendo en sí.

Estraña inconsecuencia de los sentimientos! Frantz desaba un minuto antes que Whillemina no se despertase de su profundo sueño, y á la primera señal que dió la jóven experimentó un vivo sentimiento de alegría; su sangre circuló con mas desahogo, su corazon latió con mas fuerza, y se despertó en él la energia.

Sin embargo, no hizo un movimiento, no pronunció una palabra para ver si lograba oír á Whillemina.

La jóven murmuraba debilmente:

— En donde estoy, Dios mio? Porqué no puedo moverme de aquí?... qué frias son estas tinieblas! Estoy en un sepulcro?

Frantz continuaba callado, porque por nada en el mundo habria querido apresurar el momento en que la pobre jóven comprendiese la horrible realidad.

— Estoy atada! continuó Whillemina agitándose en su asiento, y luego este silencio, esta oscuridad... Ah! ya me acuerdo, mi hermano se venga de mi amor á Frantz... Sin duda estoy en el calabozo donde murió la infortunada Berta... Pero al menos Frantz se habrá salvado; gracias, Dios mio, gracias.

Frantz no creyó que debía prolongar mas tiempo la ilusión de su compañera.

— Whillemina, la dije con dulzura, estoy aquí para vivir ó para morir juntos.

La jóven permaneció un momento petrificada como si hubiese oído la voz de un espectro.

— Qué voz es esa? exclamó; quién está ahí?... Debo creer en la existencia de seres sobrenaturales?

— No creais sino en el poder de Dios y en la maldad de los hombres... Si, soy yo, Whillemina, condenado á espiar nuestro amor tan puro y tan hermoso, amada mia; la fatalidad que pesaba sobre mi cabeza ha caído tambien sobre la vuestra. Este es el momento de acordarnos de que preferiamos morir juntos á vivir separados.

— Morir! Frantz! exclamó la jóven; cuando habeis nacido para las grandezas, cuando estais dotado de tan preciosas cualidades! Vuestro fatal amor por una humilde criatura ignorada os ha perdido.

A pesar suyo un suspiro se escapó de sus labios; y despues de un minuto de silencio, continuó diciendo:

— Frantz, si estuviérais junto á mi, si pudiese tocar vuestra mano, apoyar mi cabeza en vuestros hombros, soportaría con mas valor mi desesperacion y mis infortunios!

Mediante un esfuerzo, el jóven logró romper la cuerda que hasta entónces habia resistido á sus ataques; y soltando sus manos ensangrentadas se arrastró hacia la parte del calabozo en donde habia oído la voz de Whillemina.

— Aquí estoy, ángel mio, murmuró con pasion; cúmplase nuestro destino.

Instantáneamente se apresuró á desembarazar á Whillemina de sus ligaduras, y luego enlazándola en sus brazos, la cubrió de caricias.

Largas horas pasaron sin que sobreviniese ningun cambio en la situacion de los presos, que á pesar de su resignacion conservaban todavía alguna esperanza.

El baron podia tener un momento de juicio, y podia arrepentirse de su feroz venganza, y Fritz podia reconocer la falta que habia cometido ejecutando las crueles órdenes de un amo insensato. Por otra parte, su súbita desaparicion debia notarse, y por lo tanto daria lugar á las pesquisas mas activas, sobre todo cuando podian contar con dos personas como Sigismundo y Magdalena.

Pero cuando reflexionaba en el cirgo frenesí del mayor, en la estupidez de Fritz y en las diferentes circunstancias que podian inducir en error á las personas interesadas en su suerte, esa esperanza se desvanecia y volvian á hallarse frente á frente con la inexorable realidad.

Sin embargo, Frantz no podia resolverse á morir sin intentar antes alguna cosa por su salvacion y la de Whillemina...

Al salir de la posada se habia provisto de un cuchillo que llevaba escondido aun; con ese débil instrumento, quiso derribar la maciza puerta de encima llena de clavos y de placas de hierro.

Pero las doloridas manos de Frantz se negaron á ayudarle, y al cabo de algunos instantes de trabajo, se vió obligado á detenerse; las fuerzas le faltaban completamente.

Whillemina le obligó á sentarse, y trató de continuar la obra comenzada, á pesar de las instancias de Frantz; pero tambien en vano: al cabo de una hora de trabajo, apenas habian conseguido mas que arañar un poco la sólida puerta.

Whillemina comprendió la inutilidad de aquel trabajo ingrato, y acercándose á tientas á Frantz, le dijo con un acento solemne:

— Dios es ya nuestra única esperanza!

Ambos se pusieron de rodillas, y dirigieron á la Providencia, protectora de los afligidos, una ferviente súplica.

Cumplido este deber, volvieron á sentar el uno junto al otro sobre la húmeda roca; y despues recostados en la pared, y con las manos juntas cayeron en un sombrío abatimiento.

La noche y una parte del día siguiente trascurrieron de este modo; pero era imposible conocer la sucesion de la luz á la oscuridad en aquella lúgubre tumba.

De tiempo en tiempo sin embargo parecian recobrar el sentimiento de su horrible posicion; pero entónces se guardaban muy bien de manifestar sus sombríos pensamientos. Sus

manos se estrechaban suavemente, y se llamaban con una voz baja y lastimera:

— Frantz! Whillemina!

Despues, hasta el ruido mismo de su respiracion se perdía en la fúnebre bóveda del subterráneo.

Sus manos entrelazadas principiaban ya á quedarse frias; la fiebre se iba apoderando lentamente de ambos jóvenes, y se estremecian hasta la médula de los huesos.

Estaban demasiado débiles para experimentar esas angustias terribles, esas desordenadas agitaciones que el hambre arrastra consigo por lo comun; pero algunos temblores nerviosos principiaban á levantar sus pechos, y sus miembros se torcian como si entraran ya en las convulsiones de laagonia.

Frantz trataba de disimular sus padecimientos; en aquel momento supremo en que sentia que la muerte le iba abarcando poco á poco, no pensaba sino en ocultar á Whillemina el dolor que aquel duro trance iba á causarle.

Pero la pobre jóven, menos fuerte contra el dolor, no pudo contener este grito que le arrancaron los tormentos del hambre:

— Cuanto estoy padeciendo!

Frantz la tomó en sus brazos y trató de reanimarla con sus caricias, luego la puso en un asiento y murmuró algunas palabras ininteligibles; se sentó á sus pies á escuchar un instante; los gemidos continuaban.

De repente se levantó dando un brinco; aquellos gemidos que le parecian los precursores de la muerte, le pusieron en un estado de ciega rabia.

Aquel hombre tan abatido un momento ántes pareció haber hallado una fuerza extraordinaria; lanzó una especie de rugido, y dirigiéndose hacia la puerta, trató de derribarla á golpes con sus manos.

No pudiéndolo lograr, empezó á recorrer la cueva á pasos precipitados, pegando con su frente en la roca, y desgarrándose sus crispados puños contra los muros del calabozo.

Por fin, lanzando una imprecacion terrible, un grito supremo de desesperacion y de cólera, se dejó caer al suelo cuan largo era.

Cuando volvió en sí, se incorporó sobre el codo en medio de las tinieblas y aplicó el oído...

La respiracion entrecortada de Whillemina se oía todavía á algunos pasos; la pobre jóven no habia cesado de padecer aun.

Frantz se arrastró hasta ella y la pasó suavemente la mano por la cara; Whillemina se hallaba sumergida en una especie de sueño letárgico; sus ojos estaban cerrados, y aunque respiraba todavía, se hallaba privada de conocimiento.

Este sueño, resultado de la debilidad y de la fatiga, dió tiempo á Frantz para volver en sí. Tambien él sentia que el vértigo se iba apoderando de sus ideas; su razon cedía poco á poco á las alucinaciones que produce el hambre.

— Está durmiendo, murmuró; mas cuando se despiere, sentirá doblemente los tormentos del hambre... Qué podré hacer entónces? La veré morir en mis brazos? Este suplicio es peor que la muerte. Salgamos cuanto ántes de este horrible paso.

Al decir esto se puso á buscar un instante en medio de los restos de muebles de que estaba lleno el aposento, hasta que al fin halló el cuchillo que habia tirado al suelo despues de sus infructuosos ataques á la puerta; se apoderó de él, y probó si la punta no se habia quebrado.

— Aquí está nuestra salvacion, dijo con ironía; esta es

nuestra única esperanza... ella primero y luego yo... Nuestros males acabarán de un solo golpe.

Y al decir esto, levantó su cuchillo sobre Whilemina.

— Frantz! Frantz! murmuró una voz suave como la de un ángel, valor, no debemos morir aquí.

El joven se quedó inmóvil no sabiendo si Whilemina soñaba ó si estaba despierta.

— ¿Qué dices? replicó; el universo entero nos abandona.

— El cielo no nos ha abandonado, Frantz; arroja lejos de tí esa arma homicida con la cual querías terminar mis padecimientos... tu mano no debe derramar mi sangre.

Frantz se había quedado estupefacto; como en medio de una oscuridad profunda la joven dormida había podido sorprender su siniestro proyecto? No había manifestado en alta voz sus ideas de muerte, y sin embargo Whilemina hablaba con acento firme, sin que se pudiese creer que deliraba. El joven obedeció maquinalmente y arrojó lejos de sí el cuchillo.

Entonces Whilemina buscó su mano en la sombra, y la estrechó en las suyas murmurando con voz cariñosa:

— Amado mío; recobra tu valor... el poder que acaba de revelarme tu pensamiento de desesperación me protege...

Durante mi sueño, la cigüeña protectora del Steinberg, la que salvó á mi abuelo Roberto, se me ha mostrado en medio del firmamento azul... cerniéndose sobre mi cabeza y trazando grandes círculos de oro, como coronas. Yo estaba prosternada y muda... Ninguna voz me ha hablado, y sin embargo he sentido que mi corazón se llenaba de una viva y santa esperanza... La noble cigüeña se perdió en la inmensidad de los aires... Mis ojos la buscaban todavía cuando me he vuelto á ballar aquí, cerca de tí, en las profundidades de la tierra. No sé qué revelación tan extraña he tenido; no podía verte ni oírte, y sin embargo sabía que estabas acosado por ideas de muerte, que ya tu mano estaba levantada para herir... Dios me ha devuelto de repente las fuerzas y la razón para anunciarte que las puertas de la vida y de la felicidad se abren de nuevo ante nosotros... Animo, amado mío, ánimo y esperanza!...

Whilemina volvió á caer moribunda sobre su asiento.

Frantz había escuchado con silencioso estupor estas palabras. Debía atribuirles á una alucinación hija de aquel estado desesperado? Frantz se hallaba demasiado fuera de sí en aquel momento para poder resolver esta cuestión; apenas le quedaba un vago instinto de la realidad. Un zumbido sordo resonaba en sus oídos; fantasmas de fuego pasaban por delante de sus ojos; la tierra temblaba, el calabozo parecía abrirse á sus pies para tragarsele.

— Potencias divinas ó infernales! exclamó en un postrer esfuerzo alzando sus brazos por encima de su cabeza, poder misterioso que debéis protegernos, apresuraos porque el tiempo vuela!

Y dicho esto cayó sin movimiento á los pies de Whilemina.

Nada volvió á turbar el silencio del calabozo, excepto el ruido lejano de una gota de agua que de hora en hora caía de la bóveda sobre la roca.

## XXXI.

Algunas horas despues, los dos jóvenes esposos siempre inanimados, habían sido transportados al mismo aposento donde había pasado aquella terrible escena de la noche precedente.

Whilemina se había echado vestida sobre su cama; en su

palidez, y en su inmovilidad habriase dicho que estaba muerta.

Frantz estendido en un sillón no daba ninguna señal de vida.

Ya no estaban rodeados de oscuridad y de silencio; una porción de bujías colocadas al acaso sobre los muebles proyectaban una viva luz en aquel vasto aposento.

Un crecido número de personas esperaban con ansiedad que aquellas desgraciadas víctimas de un acto de locura acabasen de recobrar el uso de sus sentidos. Magdalena Reutner con los ojos llenos de lágrimas se inclinaba hácia su joven ama cuyas manos inertes trataba de calentar con sus ardientes besos.

Un personaje vestido de negro, con una peluca colosal, iba gravemente de uno á otro enfermo haciéndoles respirar algunas sales contenidas en diferentes pomitos de cristal: era este el médico más afamado de Manheim.

Tres ó cuatro personas agrupadas en torno de Frantz, parecían tomar un vivo interés en su peligrosa posición, y eran Sigismundo Muller, tan pálido y descompuesto como su amigo, el estudiante Alberto, y por fin el caballero Ritter, cuya actitud inquieta acaso podía tambien tener otro objeto que el estado alarmante del hijo de su soberano.

El sumiller miraba de cuando en cuando con un aire de secreta preocupación y de celos á otro personaje de fisonomía altanera y cubierto de condecoraciones que estaba á su lado.

En el ángulo de la espaciosa chimenea cuya placa de hierro colado entreabierta aun formaba la entrada del Camino de la Huida, un hombre en pié y silencioso, apoyaba su frente contra la pared como para no ver este triste cuadro; era el mayor de Steinberg.

Por último cerca de la puerta, en una especie de antesala, dos grandes lacayos empolvados y llenos de galones, esperaban respetuosamente las órdenes de su amo, el imponente personaje que causaba las distracciones del caballero Ritter.

En medio de todas esas gentes inquietas y recojidas, Fritz Reutner iba y venia con su calma acostumbrada.

Su rostro no manifestaba ni turbación ni remordimientos. Obedeciendo á la menor señal del doctor ó de su madre, parecía haber olvidado completamente la parte que había tomado en el drama siniestro que acababa de efectuarse en el Steinberg.

Por lo demás esta tranquilidad podía achacarse tambien á la convicción de haber rescatado su falta.

Fritz Reutner en efecto había sido el instrumento de la libertad de los presos. Sigismundo al llegar al castillo algunas horas ántes, supo por Magdalena que los jóvenes estaban encerrados, que el mayor había recobrado la razón y que Fritz se había marchado, y no había titubeado en intentar un nuevo esfuerzo por salvar á su infortunado amigo.

Aunque aniquilado de cansancio despues de tantas correrías y viajes, Sigismundo preguntó el camino que había tomado Fritz, y partió en su busca apresuradamente.

No le costó gran trabajo el alcanzarle, pues este marchaba muy despacio temiendo estropear el caballo de su amo, y el nombre solo del mayor de Steinberg fué suficiente para hacer volver al fiel criado; lo demás el lector puede adivinarlo fácilmente.

La presencia de Ritter y del desconocido en el castillo, exige tambien algunas esplicaciones.

Al dejar el Steinberg por la mañana, el sumiller se había vuelto en compañía de Sigismundo á la posada de Zelter, donde había recibido los veinte mil florines en que estaba

estipulada la baronía; Muller despues de haber exijido un recibo en toda regla, se dirigió á la aldea donde le había citado Frantz en la carta fatal que le entregó Augusta.

Ritter no se había opuesto á su marcha, quedándose él en la posada bajo pretexto de almorzar y de descansar un poco, pero en realidad se quedó esperando la vuelta de uno de sus agentes de policía á quien había encargado que siguiera á Sigismundo á cierta distancia, para descubrir el retiró que habían elegido los fugitivos.

Muller y el hombre que debía espíar sus pasos habían sa-

lido hacia tiempo, y el caballero Ritter principiaba ya á impacientarse de la tardanza de su emisario, cuando una silla de posta tirada por cuatro caballos, y escoltada por dos criados, entró en la apacible aldea, deteniéndose delante de la posada de Zelter.

A la vista del personaje que se apeaba y que Ritter conocía muy bien, el sumiller experimentó un vivo descon-

(Se continuará.)

## UNA ESCENA DE ALDEA.



Copia del dibujo de Louterbourg, grabado por Patas. — Dibujo de Freeman.

¿Porqué nos gusta tanto la representación de las escenas rústicas? ¿Que descubrimos en esas chozas, en esos haces de trigo amontonados, en esos gallos abriendo las alas y en ese asno meditabundo? ¿De dónde procede el encanto que hallan nuestros ojos en esa fresca fisonomía de la aldeanita, y en la sencilla actitud y desordenado traje del niño que está delante?

Esto consiste en que vemos allí la verdad y la vida, porque la égloga en proporciones sinceras, es el poema más natural, más amable y completo que existe. En todas partes menos en los campos, la existencia tiene algo de convencional; el trabajo dividido, ó perdido por decirlo así, en las

complicaciones de la máquina social, no produce siempre un resultado inmediato y visible; á veces no se descubre en que consiste su utilidad cierta, no se sabe el provecho que tiene para la sociedad. Aquí por el contrario, no hay nada oscuro; es la fuerza y la inteligencia luchando con la creación y avasallándola. En ese trabajo rústico, el hombre cumple evidentemente la misión que Dios le impusiera cuando le dió el imperio de la tierra; cuida de la prosperidad de su reino, explota sus recursos, se enriquece legítimamente, y no reclama sino lo debido.

La vida campestre, cuna de las sociedades, es siempre la esperanza de la mayor parte de los hombres; siempre los

cansados ojos se vuelven desde el centro de las ciudades hacia esas saludables labores, y esas sencillas alegrías de los campos. Así pues, ¿cómo hemos de admirarnos de que tengan tanto atractivo para nosotros los cuadros que nos recuerdan esa apacible vida? Casi todos los hombres hallan allí el objeto de sus aspiraciones y el cumplimiento de sus esperanzas.

Aquí el artista ha elegido en el poema la escena mas sencilla, pero no la que presenta menos atractivos. Un niño va siguiendo a su hermanita que trabaja en la quinta, haciéndola preguntas a cada paso, y aprendiendo la vida, sin notar, con su dulce maestra. Al ver la ingenua composición del pintor, nos parece estar oyendo las candidas preguntas y respuestas.

#### MISIONES DE LA AUSTRALIA.

De una carta escrita por el P. Martin Griver sobre las misiones de la Australia, tomamos los siguientes periodos:

Tengo á la vista un extracto de la estadística formada por el gobierno en 1848 de la población que contenía entonces este distrito, con espresion de sus diversas creencias.

Anglicanos . . . . .	3063
Metodistas . . . . .	276
Independientes . . . . .	487
Disidentes . . . . .	488
Protestantes no especificados . . . . .	312
Católicos . . . . .	337
Mahometanos y paganos . . . . .	90
Otros de distintas creencias . . . . .	469

Total . . . . . 4632

De este número habitan en Perth 1148, incluidos 426 católicos. En Fremantle hay 426, de los que solo 29 son católicos: los demás están diseminados en varios puntos de la colonia. Desde entonces acá el número de los católicos ha aumentado extraordinariamente con la llegada de emigrados irlandeses que vienen á establecerse en este país.

El número de salvajes, de que tiene noticia el gobierno inglés, no pasa de dos mil; pero no cabe duda que en el interior son muchos mas numerosos; pero se retiran temiendo el contacto con los blancos. Hemos resuelto establecer la mision en un punto fijo que será Sublago, pues en este país no son posibles las misiones ambulantes, por carecer absolutamente de todo recurso y medio de subsistencia. La denuncia no nos permite vestir la piel del cangrú como los salvajes: la delicada complexion europea no puede soportar pasar las noches al sereno y á campo raso con esta atmósfera maligna: nuestro estómago y nuestra salud no podrían avenirse á comer los asquerosos é insalubres manjares de que se alimentan estos salvajes. En estos inmensos bosques no hemos encontrado un árbol que de frutos sabrosos y nutritivos. Es preciso llevarlo todo para atender á las primeras necesidades de la vida. Así, pues, estableceremos el monasterio principal, que será como el centro de la civilización. Luego nos internaremos un poco mas, construyendo una cabaña ó un pequeño edificio, y cultivando la tierra de los alrededores á la europea, y haciéndola rendir los frutos de Europa. Así sucesivamente iremos adelantando el cultivo, y con él la fé y la civilización, hasta llegar á lo mas apartado del continente y á lo mas interior y escabroso de los bosques. Verdad es que este sistema de civilización es lento; pero con la constancia y los auxilios de lo alto es seguro. Así es como en Europa han llegado á cultivarse y civilizarse estensos paisés.

El alimento ordinario de estos salvajes es la corteza de cierto árbol machacada é insípida; la que masticada, como el regaliz, la flor amarilla de otro árbol que se parece á nuestras encinas, y la que se reproduce dos veces al año, chupándola y masticándola; todos los reptiles y víscos, sean terrestres, sean acuáticos, los que abundan en este país; las aves que pueden cojer, como los loros que se crían en abundancia, una especie de gatos silvestres que llaman pòsom, de color pardusco, que se sostienen en las ramas de los árboles con la cola; y finalmente el cangrú, especie de cabra montés. Muchas veces pegan fuego á bosques muy espesos y estensos, sin otro objeto que hacer salir los cangrús, pòsoms y sabandijas que allí se crían, y cogérselos en abundancia.

Su vestido en las personas de uno y otro sexo consiste en una piel de cangrú que se echan á la espalda sin cuidarse mucho de cubrirse por delante; y eso tan solo para defenderse de la inclemencia del tiempo, y cuando tienen que ir á los lugares frecuentados por los blancos que les afean su desnudez. Por lo demás, cuando están entre sí, andan enteramente desnudos; ni procuran cubrirse, ni se avergüenzan á menos que uno les reprenda. No obstante, los que una vez han usado el vestido, mayormente las mujeres, gustan de él y no le sueltan fácilmente. Pero los hombres gustan de dejar el vestido de tanto en tanto, y tener un día de solaz, brincando y haciendo cabriolas por los bosques. El trato con los blancos ha hecho que muchos de ellos se cuelguen á la cintura un pedazo de lienzo, aunque estrecho, el que sujetan con algunas vueltas de bramante á las caderas, bramante que se hilen ellos mismos con el pelo de los pòsoms. Con el mismo bramante sujetan á la cabeza las plumas de algunas aves, y este es el principal adorno que usan. Esto y algunas armas, como el quidgí ó lanza, el cuchillo y el achamarillo, son la única industria que conocen.

Los que entre ellos figuran como gefes, llevan el nombre de gobernador ó rey, nombre que sin duda habrán aprendido de los europeos. Llevan por insignia un bastón, á manera de cetro, de unos tres palmos de largo; y en él llevan empicados diferentes signos parecidos á las notas del canto figurado, que espresan el número de ellos se cuelguen á la cintura su jurisdicción, así como los lugares mas señalados, en donde puede cazarse el cangrú; por manera que el bastón ó cetro, puede servir para ellos de carta geográfica. Los de un distrito ó jurisdicción, no van á cazar ó habitar en otro, á menos que sea de tránsito: de lo contrario lo rechazan con la fuerza.

Sus chozas son muy sencillas y fáciles de construir. Clavan en tierra unos palos inclinados, de modo que los extremos de arriba se apoyan los unos con los otros: luego los cubren con ramas, y especialmente con cortezas anchas y blandas de cierto árbol que se esfolia á manera de papel de estraza. Dejan una entrada abierta, y dentro no caben mas que dos ó tres personas, á veces tan solo la mitad del cuerpo. Hacen fuego al pié, y como están contiguas las unas á las otras, forman á modo de un campamento. Regularmente no sirven mas que para cuatro ó seis dias, y á veces no llegan. De día van á buscar el alimento y vuelven antes de la noche, ó cuando les da la gana. Pasados estos pocos dias, se marchan á vivir á otra parte. No siempre se toman esta pequeña molestia de levantar chozas: á veces se pasan sin ellas segun la estación, y les basta hacer fuego. Si algunos, durante el día, van á alguna población inmediata, ó á buscar alimento, ó con otro objeto, antes de la noche vuelven indefectiblemente al bosque.

Además del adorno de las plumas de que he hablado arriba, suelen colgarse un hueso largo atravesado en el tabique de la nariz, formándose al intento un agujero en tiempo de la pubertad. Otro de los adornos que usan, especialmente los hombres, es la descripción de unas líneas que se forman rasgando fuertemente la piel al través de todo lo largo del pecho, espaldas y brazos, de cuyas cicatrices resultan grandes abolladuras que resaltan sobre la piel á manera de cordones del tamaño del dedo meñique. No he podido entender cómo se forman estas líneas sobresalientes. Buscan tambien cierta clase de tierra encarnada y roja, que mezclada con grasa de animales, ó con aceite, sirve para untarse todo el cuerpo y con especialidad el rostro. Algunos, especialmente las mujeres, se pintan el rostro de negro con dos líneas blancas á modo de una cruz inversa, lo que hace un visaje horroroso. No he podido averiguar el significado que tengan estas líneas: solo puedo decir que he observado que al morir alguna persona, algunas mujeres se han marcado de este modo. He observado tambien que cuando creen á un enfermo desahuciado, cesa todo cuidado con él y empieza la cantinela fúnebre, la que continúa por algunos dias despues de la muerte. No lloran ni derraman lágrimas; tan solo prorumpen en alaridos, los que se interrumpen en intervalos, y al momento que cesan se ponen á conversar y aun á reír. Los mas allegados al difunto, especialmente las mujeres, se arañan horrorosamente con los uñas la nariz, la frente y todo el rostro, y esto es señal de gran sentimiento.

#### ORIGEN DEL TELEGRÁFO ELECTRICO.

En un libro publicado en 1836 con el título de *Delitiae physico-mathematicae*, por un alemán, Schwenter, se halla un proyecto cuyo parentesco con el telegráfo eléctrico es incontestable. Este proyecto no pertenece al mismo Schwenter, pues lo tomó de un libro inglés *the Author* publicado bajo el velo del anónimo. Traduciremos literalmente:

*De cómo podrían dos personas comunicarse entre sí á grandes distancias, por medio de agujas imantadas.*

«Si Claudio se encontrase en Paris, Juan en Roma, y que uno de los dos quisiese decir alguna cosa al otro, debería estar provisto cada uno de ellos de una aguja magnética, tan fuertemente tocada del iman, que pudiese obrar sobre la otra de Roma á Paris. Supongamos que Juan y Claudio tengan una brújula cada uno en que estén todas las letras del alfabeto y que comuniquen siempre juntos á las seis de la tarde. Si Claudio quiere decir á Juan: «Ven á mis de tendrá sucesivamente su aguja en las letras v, e, n, etc. Por lo tanto indicando la brújula de Juan al mismo tiempo las mismas letras, podrá este fácilmente transcribir las palabras que le dicta Claudio y comprender su significacion.

«Esta es, dice Schwenter, una linda invencion, pero no creo que se hallase en el mundo un iman de semejanje potencia.»

Puede muy bien Schwenter tener razon: mas para hacer esta invencion tan útil como bonita, le parecia bastaba una cosa: el inmortal descubrimiento de Oersted.

#### AGUAS DEL MISSISSIPPI.

Creemos se leerán con gusto los siguientes datos sacados de una memoria debida á un naturalista alemán sobre las

partes sólidas y seres vivos microscópicos de las materias suspensas en las aguas del Mississippi:

«Por las inmediaciones de Memphis y Tenesee arrastra el Mississippi al año una corriente de agua de 13.709,006,232,764 piés cúbicos ingleses. La 2,950 parte de dicho volumen es de légamo que contiene 82 especies diversas de seres vivientes microscópicos, distribuidas del modo siguiente: 41 especies de polígastrocos, 37 de fitolarios, 2 de politalamios y algunas otras mas. El agua por la que circulan dichos seres es dulce.»

Comparando el Mississippi con el Ganges y el Nilo, se obtienen los resultados siguientes:

El Ganges por los puntos que tiene mas profundidad, corre con una velocidad de 500,000 piés cúbicos de agua por segundo. Y el Nilo con una velocidad de 476,448 piés.

El Mississippi, en igual espacio de tiempo, corre con una velocidad de 434,711 piés, cuya cantidad es, por consiguiente, casi la misma que la que representa la velocidad de la corriente del Ganges por donde este rio es mas profundo, y dos veces y media mayor que la que representa la velocidad de la del Nilo.

La proporción en que se hallan las materias sólidas contenidas en los tres rios indicados, es como sigue:

El Ganges arrastra 557 piés cúbicos de materias sólidas por minuto. El Mississippi 447, y el Nilo 430 9/10.

De suerte que el Mississippi con una masa de agua poco menor que la del Ganges, no arrastra mas que una masa sólida igual á la que arrastra el Nilo.

En fin, la vida orgánica entra en las porciones turbias de las aguas de los mencionados rios en las proporciones siguientes:

En el Ganges constituye de un tercio á una cuarta parte de las porciones turbias, y existe en proporción de 63 á 439 piés cúbicos por segundo.

En el Nilo forma de una vigésima á una décima parte de dichas porciones turbias, y existe en una proporción de 6 á 43 piés cúbicos por segundo.

En el Mississippi constituye de una quincuagésima á una trigésimatercia parte de las porciones turbias, y existe en proporción de 2 á 4 piés cúbicos por segundo.

#### LA CORRESPONDENCIA INTIMA.

En la noticia que acompañaba el año último al grabado de la *Fisita Inesperada*, se dice que no se conoce ningún pormenor auténtico sobre la vida de Gabriel Metz. Así es la verdad; los escritores que mas minuciosamente han hablado sobre los pintores holandeses, guardan el mayor silencio con respecto á esto, y sin embargo, despues de Rembrandt, Metz es el mas grande y admirable de los artistas sus compatriotas.

Pero no porque le falte la parte anecdótica á la historia de este pintor, es menos conocido de los aficionados que han estudiado los ciento veinte ó ciento treinta cuadros suyos que poseen los museos de Europa, ó los gabinetes de algunos ricos particulares.

En uno de estos últimos, en el gabinete de M. Hope en Londres, hemos admirado la bonita composición que verán nuestros lectores con este artículo. La concepción es de la mayor sencillez; la espresion está llena de elegancia, y la ejecución presenta un perfecto acabado... no ese acabado lamido y un poco seco que se nota en las pinturas de Gerardo Dow, sino que tiene una franqueza y una facilidad que sorprenden y encantan. La luz que entra espian-